

LUISA MURARO

Materia viva *

El texto de Teresa Sanz Coil *Un conflicto en Duoda: ¿Feminismo versus política del simbólico?* ["Duoda" 18 (2000) 127-135] plantea bastantes cuestiones. Aunque no conozco bien todo el contexto de su polémica (y esto, tú que me lees, tenlo en cuenta) querría intervenir sobre un punto concreto. Este punto está relacionado con una reflexión mía sobre la relación materna que entra en las relaciones entre mujeres, con efectos que, a veces, ponen esas relaciones en crisis.

Creo que estamos todas de acuerdo con Teresa cuando escribe que el reto de la política de las mujeres ha sido siempre (ella dice "de nuestro tiempo") "estar en el mundo siendo diferentes, no solo a los hombres, sino diferentes a cualquier modelo, lo que significaba la necesidad de repensar el mundo a partir de unas relaciones humanas no basadas en la identidad, sino en el reconocimiento de nuestras propias diferencias" (p. 131). El problema -que ninguna discusión verbal puede resolver- es la dificultad de reconocer prácticamente nuestras diferencias. Todas queremos ver cómo reconocen las otras nuestra propia diferencia, pero es difícil para todas reconocer la diferencia de la otra. No es un problema de psicología femenina, como

* Traducido del italiano por María-Milagros Rivera Garretas

se suele pensar, sino un problema de política de lo simbólico, de la que depende la relación entre mujeres. O sea, la base de la libertad femenina (también en esto pienso que estamos de acuerdo).

Hay mujeres que se enamoran locamente de una mujer porque no quieren reconocer su diferencia, y hay mujeres que odian a la otra por la misma, idéntica razón. Recuerdo, de golpe, una famosa y enigmática poesía de Gabriela Mistral, *La otra*. (¿“Duoda” podría reproducirla? Estaría bien).

Tiene que ver, como ya se intuye, con la relación materna. Es ella la que vuelve intensas y, a la vez, difíciles las relaciones entre mujeres. Los hombres colocan a la madre en el altar; las mujeres, no, las mujeres hacen que viva en sus relaciones, con los riesgos que esto comporta, porque, como enseña Melanie Klein, la antigua relación con la madre lleva en sí todas las emociones, desde el odio hasta el amor.

Todas las veces que me he encontrado en dificultades graves con mujeres, sin saber por qué ni cómo salir, he sabido que intervenía la materia viva de aquella antigua relación: una petición ansiosa de aceptación, una superioridad que resultaba aplastante, un resentimiento furioso, una devoción exagerada. A pesar de lo cual, que la relación materna sea inseparable de nuestras relaciones no me disturba; más bien, incluso, me fascina.

Entre dos mujeres, el paso del amor al odio, y viceversa, puede ser muy rápido. Observad las amiguitas entre ellas: pasan la mayor parte del tiempo en litigios amorosos cuya complejidad resiste la comparación con las polémicas entre teólogos bizantinos. Cuando se hacen más mayores, cada una de ellas querría recomenzar estas polémicas suyas con el novio y con el marido, pero no encontrará ahí grandes satisfacciones, porque los hombres, en cuestión de amor-odio, son tremendamente simplones. Pues ellos se han aislado de la relación materna y no saben nada de todo esto.

Con este *excursus* me refiero a una frase del texto de Teresa Sanz Coll que dice: "En Duoda existe el silencio como abismo comunicativo" (p. 133). No me cuesta creerlo. He conocido y conozco algo parecido: las relaciones entre mujeres, cuando son intensas e importantes, a veces llegan a hacernos experimentar la imposibilidad de comunicar y nos imponen un silencio que no es meditación libremente elegida sino imposibilidad de decir... decir ¿qué? ¡Quién sabe! Cuando yo he intentado forzar esa imposibilidad, me ha salido de la boca un torrente de palabras en sí bastante justas y sensatas, pero dichas con una violencia enloquecida y, al final, todavía no había dicho lo que me presionaba dentro. Hay toda una ideología del comunicar, pero démonos cuenta de que hay límites a la posibilidad de comunicar. Límites que podemos experimentar en primera persona y, cuando esto nos ocurre, es erróneo pensar que, solo por ello, la situación es malsana o injusta. Quizá nos hemos acercado a algo que toca la relación materna. Quizá nos aplasta algo de lo que ninguna a nuestro alrededor es verdaderamente responsable.

Digo esto no con la idea de que así está bien, muy bien: no. Lo digo con la idea de que, cuando una pasa por esa experiencia de un silencio no elegido, de un límite de la comunicación, una buena respuesta será ponerse a buscar palabras nuevas y mediaciones más potentes, para ella y para las demás. Tendrá el reconocimiento de muchas.